

Y mientras mas distante y luminosa
La parda mole del vecino cerro
Se destacaba abrupta y poderosa
Sobre el azul, de su memoria el yerro
Sentia el indio en ansiedad dudosa
Desvanecerse, y como del encierro
De estrecha jaula si se escapa un ave,
Ebria de libertad volar no sabe,

Hasta que en fuerza del primer ensayo
El remo poderoso desentume,
Y recobrada del primer desmayo,
Sin que ya su vigor del aire abruma
La masa apenas, cual viviente rayo
En el seno recóndito se sume
Del celaje, y en són no interrumpido
Lamenta el tiempo en su prision perdido;

Así Juan Diego en su interior sentia
En el fondo bullir de su memoria
Un oculto recuerdo que envolvía
Involuntario error, perdida gloria:
Las torpes álas su razon batía
Por recordar la milagrosa historia
De que aquel alto cerro fué testigo,
Y que borró maléfico enemigo.

Por fin de la diabólica influencia
Fuése sintiendo libre; lo pasado
Recordó claramente; en la presencia
Sintiéndose de Dios, tembló azorado
Al ver por cuán estraña inadvertencia
De la suprema vírgen al-mandado.
Faltó, que en sí reconocer no pudo
Del enemigo el detestable nudo.

Saltó su corazon como medrosa
Res por hambrientos canes perseguida,
De llanto abrasador fuente copiosa
Por sus ojos halló doble salida.
“¿Cómo podré ponerme ante esa hermosa
Señora, dijo, contra mí ofendida,
Sin que su lengua airada me conmine
Y la luz de sus ojos me fulmine?”

“¿Cómo podré con mi cobarde aliento,
Sin que falte la sangre de mis venas,
Resistir sus enojos un momento
Si su amor pude resistir apenas?”
Así pensó y á su vergüenza atento,
Al crujir so su planta las arenas,
El sonido escuchar le parecía
De la voz irritada de María.

Y calculando en su grosera mente
Evitar el encuentro peligroso
De la Madre de Dios, de la vertiente
Abandonó el camino tortuoso,
Y otro siguió que sinüosamente
La vuelta daba del peñon siseoso,
Mientras los ojos á la tierra inclina
Por no encontrar la aparicion divina;

Pero fué en balde su inocente anhelo:
Atras la cumbre del peñon dejaba,
Y á su alma el equívoco consuelo
De haber salvado el trance recreaba,
Cuando el mortal asombro como un hielo
Le invadió el corazon, que ante él estaba,
Amable como siempre, bella y pía,
Entre luces y arcángeles, María.

¿Quién pintará la confusion que al punto
Se apoderó del alma de Juan Diego?
Sintió brotar en singular conjunto
Nieve su corazon, su frente fuego,
Y no encontrando para hablar asunto
Arrojóse por tierra desde luego,
Y de sus ojos la salobre vena
Vapor alzó de la caliente arena.

Mas la Virgen con plácido semblante
Hácia él tendiendo la benigna mano:
“Alzate, dijo; tu candor bastante
Es para disculpar tu yerro insano.
El mortal á quien juzgas espirante
Ya Juan, por mi presencia y de mi mano
La salud recibió, que en él se encierra
Mi primer beneficio en esta tierra.

“Tranquilízate, pues. A darte voy
La milagrosa prenda que pidieron,
Porque no se me opongan desde hoy
Los que engaño en tu dicho supusieron,
Y sepan todos que la Madre soy
Del solo Dios la que tus ojos vieron
Y la que ven, que por humilde has sido
Sobre sábios y fuertes elegido.

“Sube á ese cerro, y en su estéril cima
Muchedumbre hallarás de rosas bellas.
Traémelas.” El indio á quien anima
Místico gozo se lanzó por ellas.
Ni el áspero peñon su pié lastima,
Ni apenas queda estampa de sus huellas
Que el tiempo guarde ó el olvido borre:
Tal es la lijereza con que corre.

Llegó por fin. ¡O pasmo! ¡O maravilla!
Del cerro desigual la cumbre yerta,
Region do nunca primavera brilla,
Horrible, estéril, árida y desierta,
Está no ya desnuda y amarilla;
Mas de rosas bellisimas cubierta,
Rosas en medio de Diciembre frío
Bañadas del Eden con el rocío.

Flores divinas de fragancia eterna,
Pues no hay edad que su perfume gaste;
Flores de amor cuya corola tierna
No hay huracan que á deshojarla baste:
Flores que aquel que todo lo gobierna
Con el invierno para hacer contraste
Permitió que brotasen en un día
Bajo el divino aliento de María.

El indio con sus manos temblorosas
Despues de haber besado aquella tierra,
La multitud de celestiales rosas
Postrado coje y en su tilma encierra:
Torna luego á bajar por la escabrosa
Falda, y al pié llegando de la sierra,
Su fragante tesoro deposita
Ante la Virgen que á llegar lo invita.

Ella cogiendo las divinas flores
En su benígna mano nuevamente
Las coloca en la tilma, y “no demores
Dice al indio, tu marcha diligente:
Anda y esta señal de mis favores
Preséntale al prelado; que obediente
Un templo en este monte me construya
Por mi favor y por la dicha tuya.”

El indio alzó la vista. Solo estaba.
La Virgen ya desaparecido habia,
Cual la niebla que el cerro circundaba
Deshecha ya por el calor del dia.
Su camino siguió. Su alma flotaba
En mares de purísima alegría.
Nueva luz alumbró su inteligencia,
Que en él estaba de la fé la ciencia.

¡Qué rica de color es la mañana,
Qué apacible el ambiente y qué suave,
Qué fragante la flor y qué lozana,
Qué dulcemente trinadora el ave,
Qué fresca, limpia y dulce la liviana
Fuente que corre con murmullo grave,
Cuando el alma se espacia en su ventura
Inocente, feliz, amante y pura!

¡Qué reyes de la tierra aprisionados
En soberbios alcázares, objeto
Para los otros hombres humillados
De ciega servidumbre y de respeto,
Qué opulentos del orbe encadenados
De su inquietud por el fatal secreto,
Pueden gozar ante la turba esclava
Lo que Juan Diego á la sazón gozaba?

Gozaba tanto que la tierra era
Para él anticipado paraíso,
Sin que nadie á su dicha osar pudiera,
Que el mismo Dios santificarla quiso:
Fué su planta en moverse tan lijera
Por llevar la señal y el fausto aviso,
Que sintió apenas la distancia andada
Al llegar del obispo á la morada.

Llegó y la servidumbre que á Juan Diego
Por impostor ó iluso conocía,
En torno suyo acumulóse luego
Alarde haciendo de su lengua impía;
Mientras ardiendo de impaciencia en fuego
El hablar con Zumárraga pedía,
Los ojos de la turba escrutadores
Fijáronse en la tilma y en las flores.

Las codiciosas manos estendieron
Para cojer las rosas; pero ellas
Pintadas en la tilma aparecieron
Con tan rara verdad, formas tan bellas,
Que los ojos atónitos creyeron
Ver en la tela rústica las huellas
De una deidad, que no pudo ser parte
A tanta perfección humano arte.

Así los familiares, del cuitado
A hacer objeto de irrisión dispuestos,
A vista del prodigio no pensado
Tornáronse mas graves y modestos:
Concedieron al indio hasta el prelado
Franca entrada, y volvieron á sus puestos
Pensando cada cual en si sería
Víctima de infernal hechicería.

Juan Diego de Zumárraga la planta
Reverente besó, de regocijo
Colmado en fuerza de ventura tanta,
Y “aquí os presento la señal, le dijo,
Que la misma Señora con su santa
Mano me dió, porque patente y fijo
A los mortales el milagro sea
Y nadie dolo en lo que digo vea.”

Así diciendo el indio, la cerrada
Tilma despliega: so el monton de flores,
Cual por pincel angélico estampada
Que del centro del sol tomó colores,
Apareció la imagen venerada
De la madre de Dios; los moradores
Del Empíreo, con cantos celestiales,
Celebraron el bien de los mortales.

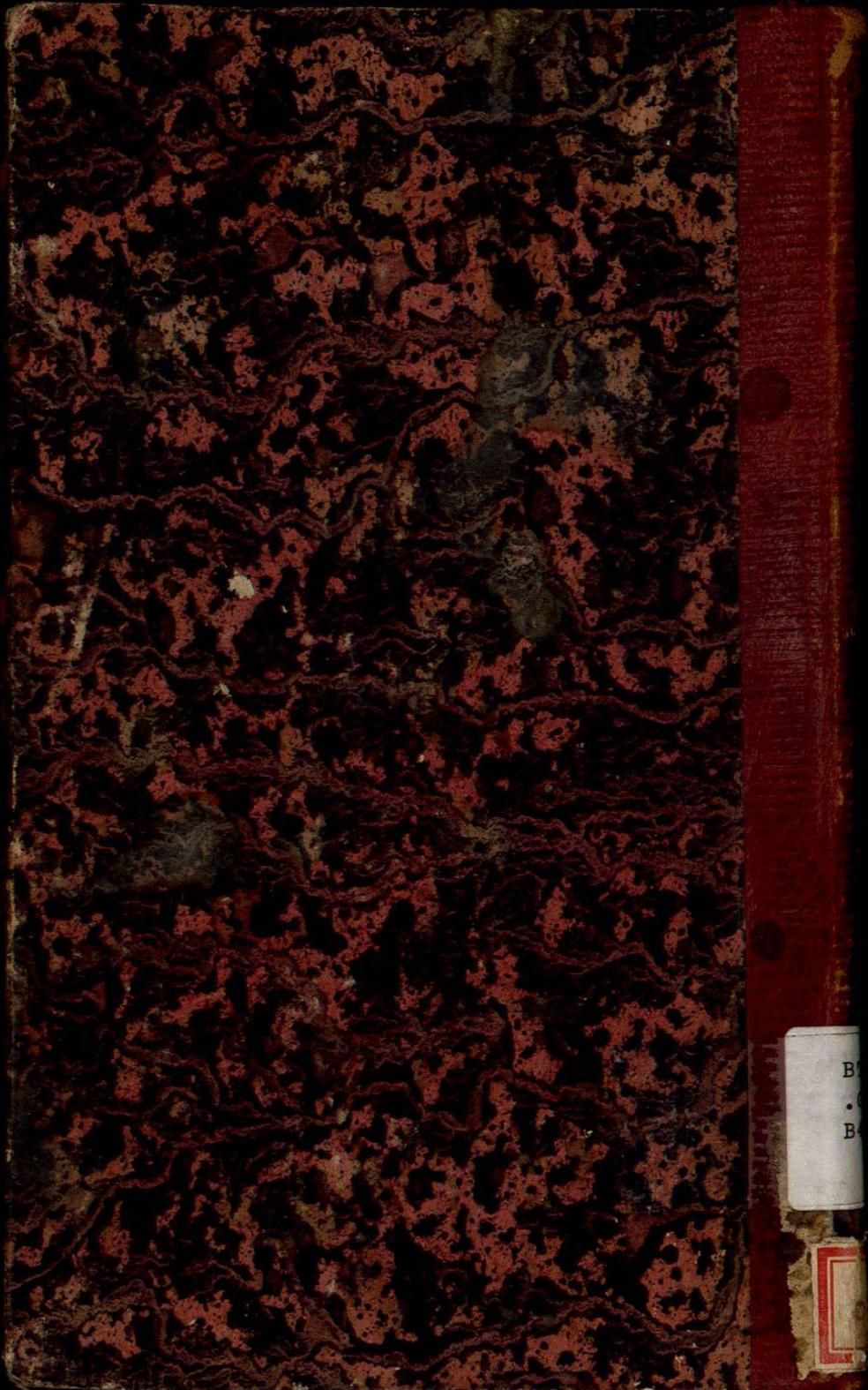
¿Quién puede ya dudar? La suelta fama
Dice veloz la portentosa nueva,
Y por cien y cien bocas la derrama
Y al otro lado de la mar la lleva:
Santo gozo los ánimos inflama
Por el favor de la divina prueba,
Y el demonio en rabioso parasismo
Plegó las álas y cayó al abismo.

La Fé de los mortales salvadora
Con la luz de su antorcha el mundo llena;
De donde muere el sol á do la aurora
Nace, su voz infatigable suena,
Y así cual de los cielos la Señora
En su feliz aparicion ordena,
Para erigir un templo suntüoso
Su falda presta el Tepeyac riscoso.

Terminé. ¡Gloria á Dios! ¡Gloria y loores
A la Madre de Dios! Ella su imagen
Nos dió cubierta de divinas flores
Que es imposible que los vientos ajen
Nidel verano agosten los ardores,
Ni destruya el invierno. . . . No rebajen
los écos de mi voz que desfallece
A la que tanta adoracion merece.

Levántate, Anahuac, tierra hechicera
Do siempre el fruto con la flor se liga,
Morada de la eterna primavera,
Del sol esposa y de la mar amiga;
Levántate: al abismo y á la esfera
Tu voz elogios de la Virgen diga,
Y las naciones con celoso espanto
Sientan que no por todas hizo tanto.

FIN.



B
•
B

LIBRARY